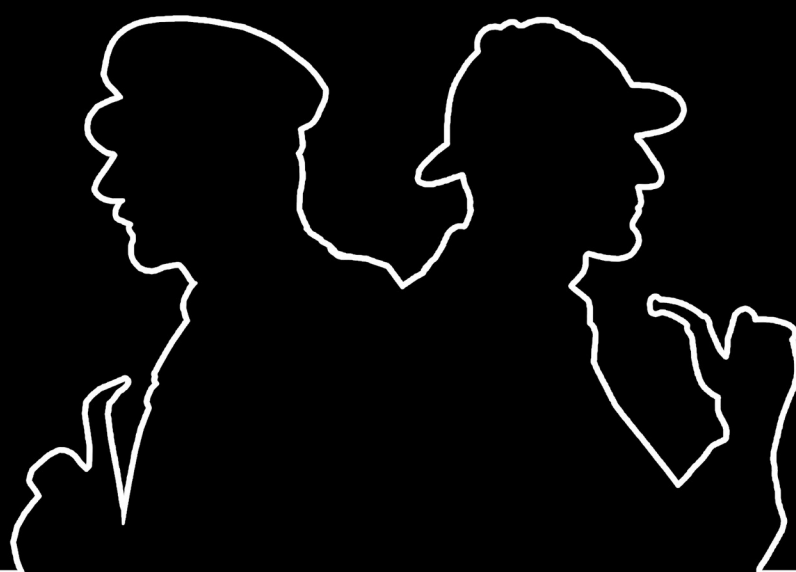




BRUMA NEGRA

LANBRO BELTZA

Plentzia Beltza Calibre .38

XIV Concurso Internacional de Relato Bruma Negra

Convoca: Ayuntamiento de la Villa de Plentzia

Organiza: Revista Calibre .38

XIV Concurso Internacional de Relato Bruma Negra

El jurado del XIV Concurso Internacional de Relato Bruma Negra (modalidad castellano) convocado por el Ayuntamiento de la Villa de Plentzia, compuesto por Juan Infante, Juan Mari Barasorda, Almudena Fernández Ostolaza, Noemí Pastor y Ricardo Bosque, este último en condición de presidente del mismo, ha decidido otorgar el primer premio a Loris Rodrigo Vidal Bravo por su relato “Causas naturales”, presentado con el seudónimo Isaías Lenz. Los otros cuatro autores y relatos finalistas han sido:

“Todo en la vida se paga”, de Lorenzo Lunar

“Gestalt”, de David Cabrera Sastre

“Jueves”, de Paulina Estefanía San Martín Hernández

“Julián vive arriba”, de Samuel Araujo Palmeira

En Plentzia, Bizkaia, a 17 de octubre de 2026

Índice

<i>Causas naturales</i> , Loris Rodrigo Vidal Bravo	4
<i>Todo en la vida se paga</i> , Lorenzo Lunar	15
<i>Gestalt</i> , David Cabrera Sastre	24
<i>Jueves</i> , Paulina Estefanía San Martín Hernández	38
<i>Julián vive arriba</i> , Samuel Araujo Palmeira	47

Causas naturales

Loris Rodrigo Vidal Bravo

En diciembre de 1946, en Madrid, la gente se moría de causas naturales. Hambre, tifus, un porrazo en los calabozos de Sol. El parte siempre encontraba una palabra decente. Yo era inspector del Cuerpo General de Policía, grupo de homicidios, y mi trabajo consistía en no estropear esas palabras.

No era falangista. Tampoco rojo, o ya no. Había sido policía con la República el tiempo justo para aprender a firmar y con el Movimiento el tiempo justo para no fusilarme. Eso, en aquellos años, se llamaba sentido común. Otros lo llamaban cobardía. Yo lo llamaba oficio.

El teléfono de la comisaría sonó a las siete y diez. Afuera aún no había amanecido del todo: solo esa luz sucia de carbón que Madrid usaba de cielo. El sargento dijo que una patrona de Chamberí había encontrado a un extranjero colgado del marco del armario. Los de Social todavía no se habían enterado. Eso, en mi

profesión, equivalía a una propina.

La pensión se llamaba Santa Engracia, aunque estaba en la calle del Barquillo, dos pisos arriba de una carbonería. El retrato del Caudillo presidía el rellano con esa expresión de quien ha comido y no piensa invitar. Doña Pilar, de luto perpetuo y manos de fregar, me abrió sin preguntar el nombre. En Madrid, el gabán raído y los zapatos mojados ya eran placa.

—Está en el tres. Yo no lo he tocado —dijo—. Solo le cerré los ojos. Uno no puede dejarle los ojos abiertos a un protestante.

El muerto se llamaba, según el pasaporte, Hans Meier, comerciante suizo, cincuenta y un años, ojos grises, ninguna seña particular. El pasaporte era tan suizo como yo obispo. Tenía el cuello marcado por una soga de tendedero y, debajo, otra marca: un golpe seco, atrás, en el occipital, de esos que no se da uno solo aunque se empeñe. Lo habían colgado después. La cortesía española aplicada al homicidio: primero te matan y luego te ordenan la habitación.

Sobre la mesilla, un paquete de Chesterfield —de verdad, no de estraperlo— y una medalla de la Virgen del Pilar. El alemán piadoso. O el alemán que sabía en qué país se escondía. En el forro de la maleta, doscientos dólares y una carta en un alemán de oficina. No leo alemán. En el cuarenta y uno había conocido a unos cuantos que sí lo hablaban, en los bares de Gran Vía, cuando

la embajada todavía daba crédito y las chicas todavía se dejaban decir rubia. Ahora aquellos hombres pedían café de cebada y se hacían los suecos. El mundo cambia. El café, no tanto.

Revisé los bolsillos. Una llave de consigna de Atocha. Un recorte del ABC, la esquina de una noticia sobre la ONU: nos iban a retirar los embajadores, como a un primo borracho de una boda. Y una fotografía de carnet. Una chica española, veinte años, raya al lado, mirada de quien ya no espera al novio de la quinta. Detrás, a lápiz: Rosa. Barquillo.

Doña Pilar negó con la cabeza cuando le enseñé la foto. Luego negó otra vez, más despacio, que es como se dice que sí en las pensiones.

—Mi hija. Sirve en el café de abajo. El señor Meier era muy correcto. Le dejaba las puntas.

—¿Y su hijo?

Se le cerró la boca. No dijo nada más.

—Luis está en misa. Vino de Rusia con una pierna que no es pierna. No se mete con nadie.

La División Azul había devuelto a Madrid una colección de cojos, de héroes y de hombres que ya no sabían a quién saludar. Luis era de los terceros. Lo encontré en la cocina, planchando un cuello con un hierro que pesaba lo que un crimen. Tenía veintitrés años y los ojos de un perro que ha oído el disparo antes que el amo.

—El suizo se ha suicidado —dije.

—Sí, señor.

—Los suicidas no suelen darse un tortazo en la nuca para coger impulso.

Luis dejó el hierro sobre el paño. El paño humeó. En el vapor olía a lejía y a miedo, que aquel invierno eran el mismo producto.

—Yo no he visto nada.

Eso también era una forma de verlo todo.

Antes de que llegaran los de siempre pasé por el café de abajo. Rosa servía un sucedáneo que el dueño juraba colombiano. En Madrid todo el mundo juraba. Era lo único que no estaba racionado. Tenía la misma cara de la foto y diez años más de los que le correspondían. Le puse el retrato sobre el zinc, al lado de un plato de aceitunas que llevaban ahí desde la toma de la ciudad.

—El señor Meier ya no va a dejar puntas —dije.

No lloró. Las mujeres que sirven café a las nueve de la mañana, con cartilla y sin novio, tienen el llanto guardado para otra guerra.

—Él iba a llevarnos a Cádiz —dijo, muy bajo—. Decía que de Cádiz se salía. Que tenía amigos en un barco. Que Luis podía trabajar. Luis no puede trabajar de nada. Solo puede planchar y acordarse de la nieve.

— ¿Qué le pidió a cambio?

Rosa miró el retrato del Caudillo que había detrás de la barra, como si el Caudillo pudiera apuntar en un bloc.

—Lo de siempre. Lo que piden los que ganan.

No hizo falta que dibujara el mapa. En España, desde el treinta y nueve, el mapa lo dibujan otros y a ti te toca pisarlo.

A las nueve y media apareció el comisario Rivas, de la Brigada Político-Social. Entró en la habitación del tres sin quitarse el sombrero, que es una de las maneras que tiene la autoridad de decirte que tu techo le importa un bledo. Rivas olía a colonia barata y a despacho de Sol. Dicen que en la Casa de Correos se oyen los gritos si el viento sopla hacia Alcalá. Yo nunca he preguntado. Preguntar, en Sol, es una especialidad que se paga al contado.

—Suicidio —dijo, mirando al muerto como se mira un retraso en el tranvía—. Los alemanes se matan mucho desde mayo. Es casi una moda. Cierre el expediente, Varela. Causas... usted verá. Accidentales, si le gusta más. No necesitamos un suizo en los periódicos la semana que la ONU nos echa de la foto.

—Tiene un golpe en la cabeza.

—Se resbaló. El suelo está recién fregado. Felicite a la patrona.

Sonrió. Rivas sonreía con los dientes de atrás, los que no salen en el NO-DO.

—Y no se le ocurra ir a Atocha con esa llave. Las consignas de

los neutrales son asunto de Social. Usted es de homicidios. Homicidios de españoles, preferiblemente de los que no tienen padrino.

Se llevó la carta alemana, los dólares y los Chesterfield. Me dejó la medalla y la foto. Un reparto justo: ellos el dinero, yo el alma.

Hice lo contrario de lo que me había pedido, que es la única independencia que le queda a un inspector con sueldo de hambre. En el andén de Atocha el frío olía a hollín y a maleta. La consigna 214 se abrió con la llave del muerto. Dentro había un maletín de cartón. Ni oro, ni planos, ni la lista de la Gestapo que tanto gusta en las novelas. Camisas. Un traje negro. Un misal en castellano, con el lomo aún sin abrir. Y un sobre dirigido a una tal Frau Renner, en un pueblo de Baviera que no supe pronunciar. Lo abrí porque soy policía, no porque sea decente. Dentro, cinco líneas. Un hijo que preguntaba si la madre seguía viva. Ni una palabra de España. Ni una de Cádiz. Los monstruos, cuando se acuestan, también tienen madre. Eso no los mejora. Solo los hace más difíciles de archivar.

Había un grise junto a las taquillas, aburrido, apoyado en la pared como un cartel más. No me miró. En Atocha, aquel diciembre, todo el mundo miraba hacia otro lado: era la moda nacional.

Dejé el sobre donde estaba y cerré la consigna. Luego fui a ver a Hirsch, que no se llamaba Hirsch desde el cuarenta y cinco. Tenía

un puesto de relojes en la cuesta de Moyano y un acento que el invierno no había podido tapar. Antes vendía información a quien pagara en moneda que no fuera de cartilla. Ahora vendía cuerdas y mentiras baratas, que es lo que queda cuando se acaba una guerra y no te dejan irte.

—Meier —dije—. Suizo. Chamberí.

Hirsch se rio por la nariz.

—Suizo el que me espera en la cola de la carne. Se llamaba Renner. Estuvo en Francia, de uniforme, de los que firman. Aquí hacía de puente: Cádiz, un cura, un barco, Buenos Aires si había suerte y Vigo si no la había. Les cobraba a los suyos por no entregarlos y a los vuestros por no enterarse.

—¿Los míos?

—Los de Sol. No se ofenda, inspector. En este país todo el mundo es de alguien. Usted todavía no ha decidido de quién.

Le dejé la medalla del Pilar sobre un reloj parado. Hirsch la miró como se mira una broma de mal gusto.

—Esa se la daba a las chicas. Decía que así Dios veía menos.

Volví a la cocina de la pensión a las doce. Luis ya no planchaba. Estaba sentado en el taburete, con la pierna mala estirada, quieto como algo que ya ha decidido no correr más.

—Si te lleva Social —dije—, no vas a Cádiz. Vas a un sótano

donde el suelo también está recién fregado.

—Él le puso la mano encima a Rosa. En la cara, después. Dijo que las españolas debían estar agradecidas. Que él había conocido el orden. Que este país era el último sitio decente de Europa.

Se le quebró la voz en decente. Es una palabra que en Madrid hay que manejar con pinzas.

—Le di con el hierro. No pensé colgarlo. Doña Pilar dijo que un ahorcado da menos conversación que un asesinado. Mi madre entiende de partes.

Yo también. Por eso seguía vivo.

Podía llevármelo. Un héroe de Rusia que mata a un alemán en una pensión: a Rivas le habría venido de perlas, o le habría estorbado, según soplara el viento de la ONU. Podía escribir la verdad y firmarla, que es una forma lenta de pedir destino en África. Podía también hacer lo que hacen los inspectores que quieren llegar a viejos: redactar lo que le gusta al que firma arriba y comprar tabaco con lo que sobre.

Le pedí el hierro. Todavía estaba tibio. Lo envolví en el paño y lo bajé a la carbonería, entre los sacos, donde el polvo se come las huellas y las intenciones.

En la comisaría redacté el parte con esa prosa que nos enseñan para no molestar a la Historia. El súbdito suizo Hans Meier, de cincuenta y un años, había sido hallado sin vida en su habitación.

Todo indicaba un acto voluntario, motivado —conjetura del inspector que suscribe— por dificultades económicas y por el estado de ánimo propio de ciertos extranjeros en el actual contexto internacional. No había indicios de criminalidad. Se proponía el archivo.

En la casilla de la causa escribí: naturales.

Rivas leyó el folio sin sentarse. Tenía en la mano el sobre de Frau Renner: lo supe después, porque el grise de las taquillas no estaba tan aburrido como parecía y ya se lo había contado todo a Social antes de que yo volviera a comisaría. Atocha también es de Social cuando a Social le da la gana.

—Varela, a veces parece usted un patriota.

—A veces parece usted policía.

Me dio una palmada en el hombro y un paquete de Ideales. De los buenos, de los que no se deshacen entre los dedos. No me preguntó por el hierro. Yo no le pregunté por los doscientos dólares. Así se hace la paz entre compañeros.

En el rellano de la comisaría, el Caudillo seguía sin invitar.

Rosa cerró el café a las diez. La acompañé un trecho por Fuencarral, sin tocarle el codo. El frío de diciembre se metía por la gabardina como un confidente. En la esquina ella se paró.

— ¿Va a volver?

—Solo si se suicida otro suizo.

No se rio. Hizo bien. El chiste era de los míos, y los míos no merecen risa.

En la pensión donde vivo, en Embajadores, la patrona me había dejado el recado de siempre: que había llamado mi hermana, que había habido lentejas, que el retrato de Franco se había torcido con la corriente y que ella lo había enderezado. Enderezamos mucho, en este país. Cuadros, partes, cuellos, muertos.

Me bebí el Fundador que me quedaba, que no era mucho y no era bueno. Pensé en la nieve de Rusia, que no he visto, y en la nieve de Madrid, que no cae, y en Luis planchando camisas para hombres que ya no se van a Cádiz. Pensé en Rosa. Pensé, un minuto, en ser decente. El minuto se pasó. Los minutos decentes se pasan solos; no hay que ayudarlos.

Al día siguiente el ABC publicó tres líneas entre el parte del tiempo y una gacetilla del Auxilio Social. Un comerciante helvético se había quitado la vida en Chamberí. Las autoridades no veían motivo de alarma. En la misma página, el Caudillo recibía a unos procuradores y les hablaba de la paz. La paz, en España, es un tipo de silencio con sello.

Archivé el expediente. Le puse un gomet rojo, que es el color de lo resuelto. En el margen, con lápiz, para mí, escribí lo que no se escribe: lo mató un chico con una pierna de Rusia porque el

muerto creía que este país aún era suyo. Después lo borré. El lápiz también entiende de causas naturales.

Ahora hago lo de siempre. Miro por la ventana de la comisaría, cuento los tranvías y espero a que suene el teléfono. Cuando suene, alguien se habrá muerto de algo que se puede decir en voz alta. Yo iré, cerraré los ojos si la patrona no lo ha hecho, y buscaré una palabra decente.

En Madrid sobran muertos. Lo que escasea son las palabras.

Loris Rodrigo Vidal Bravo (Chile) es escritor y profesor de Historia y Geografía, con estudios de Magíster en Educación. Su obra narrativa transita por el género negro, la novela policial, el terror, la ficción histórica y la literatura de especulación. Ha participado en diversos concursos literarios nacionales e internacionales, desarrollando una narrativa centrada en la memoria, la violencia, la identidad y las zonas oscuras de la experiencia humana. Reside en Curicó, Chile.

Todo en la vida se paga

Lorenzo Lunar

«Dos y dos son cuatro...»

El Perro Correa cuenta las monedas acompañado de aquel cantico que ha logrado rescatar del fondo de la negrura de su memoria. Aquel que aprendió en su infancia cuando papá y mamá eran cosas posibles, antes de que pasara la vida. Cuando Dios existía para él.

«Dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis...», canta.

«Dos en el abdomen y dos más en el pecho». Comienza el conteo el forense. «Una que pasó cerca del hígado y otra que perforó el bazo. Una que cercenó el pulmón derecho y otra al corazón. Con esa bastaba, pero cuatro y dos son seis...»

«Seis y dos son ocho y ocho dieciséis», canta y cuenta el Perro Correa.

Estrella llevaba en sus venas más de la mitad de sangre china. Su padre había escapado por el puerto de Tientsin en el año cincuenta y tres, escondido en la bodega de un barco noruego para huir del comunismo, y acabó su vida en este barrio de Santa Clara, en el corazón de Cuba, con el nombre de Manuel y pronunciando, en el momento postrero, una frase en chino que el paisano que lo asistió en su último aliento tradujo, entre el humo del incienso, como: «Tanto nadal pa molil en la olilla».

La madre de Estrella, nieta de culí, había sido diva del teatro chino en La Habana; pero en una gira por el interior se metió en un circo y acabó debajo de un negro come candela que estuvo dándole picha y golpes hasta que ella se aburrió y fue a buscar cobija junto al buen Manuel, quien le diera consuelo y aquella hija preciosa protegida desde su nacimiento por San Facón, ese santo de los chinos que es más fuerte que la misma Santa Bárbara bendita.

«Cuatro y dos son seis...», canta bajito El Perro Correa y en sus encías se dibuja una mueca que parece una sonrisa. Sonríe y canta. Y lleva la cuenta de las pilitas de monedas que reúne en un rincón, debajo del puente que le sirve de techo desde que perdió su casa, su vida y la cordura.

Mario Correa, quien todavía no se ha ganado el apodo de El Perro, riega con alcohol el piso de su casa y empapa el colchón de la cama, esa en la que ya su Teresa no se deja ni siquiera tocar. Reniega de todos los santos, inmóviles sobre el altar de satín escarlata, y los baña con el líquido. Moja las pajillas de los muebles de la sala, la mesita donde prometió a su mujer ponerle un televisor ruso, aunque tuviera que trabajar cien horas extras en el mes... «¡Comemierda, el que tenga tienda que la atienda y si no que la venda!», pensó ella.

Mario se sienta en la acera con la caja de fósforos en la mano derecha y en la izquierda la botella de alcohol. Bebe un trago y con el resto se moja el pelo, se unta el pecho y embarra sus ropas.

«¡Maricón, no tienes cojones para darte candela! ¡Eres un tarrú y un pendejo, por eso este no lo tocas nunca más en tu vida!».

Teresa se frota la entrepierna y escupe frente a Mario.

Los vecinos se aglomeran alrededor. Uno le arranca la botella de la mano. Otro le quita la caja de fósforos.

«¡Este no tiene valor ni para matarse!»

«¡Señores, a lo que llega un hombre cuando le pegan los tarros!»

Y dos más en el vientre son seis. El médico forense revisa entre los muslos ensangrentados de la mujer, los separa y mira. Y dos

que cercenaron los labios exteriores hasta perforar la vagina, son ocho. Y se limpia la sangre de las manos con el ropón verde.

Estrella tenía en la sala de su casa un altar dedicado a San Facón.

Cuando todavía era una chiquilla, sorprendió a Gervasio mirándola por un hueco de la pared de madera del baño colectivo. Dicen que salió desnuda al pasaje y que injuriaba al mirahuecos con una retahíla de maldiciones chinas de las que solamente se podía entender claro el nombre de San Facón. A los tres días el ojo derecho de Gervasio era una bola de sangre que se salía de su cuenca, al mes un hollejo seco y negro que se desprendió para siempre.

Anselmo Pan Viejo comenzó a ser en el barrio Anselmo Mano Muerta desde aquella vez que, en nombre de San Facón, La China lo maldijo porque intentó tocarle una teta aprovechando el tumulto de una cola para comprar en la pescadería.

Por eso todo el mundo en el barrio la respetaba. Por eso podía mantener su negocio sin necesidad de un chulo que velara por ella.

«... y ocho dieciséis». Canta alegre El Perro Correa y acaricia los lomos de la pareja de perritos enganchados que jadean en medio de la mezcla de dolor y placer que el sexo les concede.

Canta y acaricia a la perrita, y se soba la picha. Se soba y sueña con Teresa, con La Cuqui, Cleopatra, Estrella... y con todas las putas sabrosas del barrio, esas que escupen al verlo pasar.

Y las junta en su pensamiento con su Teresa puta, porque todas las mujeres son iguales.

Los perros aúllan y se separan. El Perro Correa se caga en Dios.

Dieciséis puñaladas repartidas por todo el cuerpo. Desde los muslos hasta la cabeza. Despojo de mujer hermosa, de cuerpo perfecto. Totalmente desnuda y ensangrentada sobre la mesa de aluminio.

Desnuda como aquella tarde cuando, parodiando a la heroína de la novela brasileña de turno, salió en su bicicleta china por el barrio para mostrarles a todos su cuerpo perfecto, sus nalgas duras, sus muslos largos, sus tetas firmes. Haciendo acrobacias sobre el sillín, como su madre en aquellos tiempos de cirquera que le siguieron a los de estrella del teatro chino de La Habana. Y luego los hombres del barrio, escuchando aglomerados frente a la puerta de su casa cuando, con las piernas semiabiertas y la piel resplandeciente por el sudor, dictaba la declaración de principios que le permitiría atravesar el Período Especial sin las penurias de los demás.

«Mírenme bien ahora, que en lo adelante quien quiera hacerlo va

a tener que pagar. Y el que quiera tocar pagará más. Y el que quiera coger esto ya sabe. ¡Y mucho cuidado, que yo soy hija de San Facón!»

El forense cubre el cuerpo y sale a fumar un cigarro.

¡Dieciséis! Dieciséis montoncitos de monedas. Cada uno de cinco pesetas. Dieciséis pesos. Dieciséis números de la rifa. Dieciséis esperanzas de tener el cuerpo de aquella puta enganchado al suyo, jadeando los dos, como los perritos.

Dieciséis sacrificios reunidos uno a uno desde que supo que ella se rifaba diariamente con el número de la lotería de Miami.

Cien panes con tortilla, doscientos refrescos de sirope, trescientas panetelas, cuatrocientas croquetas y no sabe cuántas empanadas... A todo eso renunció para reunir las monedas, poco a poco, de la miseria que dejaban las personas piadosas en su cajita de limosnero.

Dieciséis pesos robados a San Lázaro. El Perro Correa pide limosnas en el nombre del santo, pero no cree en él. Si algún santo lo protegiera no estaría viviendo esa vida, tendría aún su casa y a su Teresa, fiel y cariñosa.

Dieciséis es su número de suerte.

¡Dieciséis!, anuncia una voz en la radio.

¡Dieciséis!, confirma el murmullo del barrio.

Dieciséis y el perro aúlla cuando siente cercano el olor de la hembra.

Dieciséis y ella no puede evitar que se le revuelva el estómago.

Y se refugia en dieciséis razones para negarse a cumplir el compromiso: que estás loco y eres un vagabundo, que no te bañas, que vives debajo de un puente y apestas, que hace diez años no te cambias de ropa, que no tienes dientes y tu boca hiede, que tienes gonorrea, que tiemblas con las perras...

Dieciséis puñaladas, delante del altar. Dieciséis heridas, una por cada agravio.

Estrella salió de su habitación para ver qué ruido era aquel que sintió en la sala. Salió confiada y desnuda. «No es nada, debe ser el viento, no puede ser ningún ladrón, la casa está enrejada y aquí en este barrio todo el mundo me conoce y sabe lo que me resguarda».

Dieciséis maneras existen de entrar a una casa ajena. Un perro sabe esperar el momento oportuno, el descuido, la puerta trasera entreabierta, en la confianza está el peligro. Se escurre silencioso

mientras la gente camina desapercibida por la calle entre dos luces. Se hace un ovillo en un rincón, detrás del sofá.

Y espera.

Dieciséis gritos que piden auxilio, que imploran la ayuda del santo chino inventado por sus ancestros cuando llegaron a esta tierra extraña.

Dieciséis veces sube y baja el brazo del Perro Correa ante la vista helada de San Facón, incapaz de detener la mano que empuña la espada dorada, ancestral atributo del guerrero oriental.

Dieciséis puñaladas al cuerpo de mujer, «para que aprendas, puta, para que todo este barrio se entere de que yo sí tengo cojones».

En el rostro de Estrella se replica dieciséis veces el de Teresa.

Después el Perro Correa sentado en la acera.

El alcohol, los fósforos...

Rasc, rasc... ¡Chas!

Cuando llegaron los vecinos ya las llamas se levantaban hacia el cielo.

Lorenzo Lunar (Cuba, 1958). Dentro del género negro ha publicado entre otras obras: *El último aliento*; *Cuesta abajo*; *Que en vez de infierno encuentres gloria*; *De dos pingüé*; *Polvo en el viento*; *El preso de la celda "raíz cuadrada de 169"*; *La vida es un tango*; *Ein bolero fur den kommisar*; *Usted es la culpable*; *El lodo y la muerte*; *Bolero*

noir á Santa Clara; Dónde estás, corazón; Tu es la coupable; Y comieron perdices; Mundos de sombras; La cabellera de Berenice; Proyecto en negro; La vie est un tango; Coupable vous êtes; El barrio en llama y Cobre en la sangre.

Entre los reconocimientos en el género se encuentran: Premio Aniversario de la Revolución, Cuba, 1996; premio de la Semana Negra de Gijón, España, 1999, 2001 y 2005; premio de la AIEP de Bulgaria, 2002; premio Brigada 21, España, 2003 y 2007; premio Novelpol, España, 2003; premio La pluma de cristal, concedido al escritor más leído en Cuba durante el año 2012; y premio LH Confidencial 2025.

Gestalt

David Cabrera Sastre

—¿Eres tú el que vota a esos putos comunistas?

Sí, era yo. Nunca les había votado (de hecho, nunca había ido a votar) pero estaba al tanto de lo que se comentaba en la oficina. También se decía que me acostaba con la jefa de recursos humanos o que en una cena de empresa le había enseñado el culo al dueño. Me sorprendía que alguien pudiese creer que conservé el trabajo tras hacer algo así, pero era lo que se comentaba.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

Noté un ligero carraspeo al otro lado de la línea, por su voz deduje que no bajaría de los cincuenta y que bebía a menudo.

—¿Qué tal? Estaba de broma. Soy Venancio, el nuevo jefe del departamento de difusión.

—No sabía que Adrián se hubiese marchado...

—Sí, ha sido algo rápido.

Hizo una ligera pausa.

—Todavía no se ha anunciado. Sé que estáis muy unidos y que él confiaba mucho en tu trabajo, por eso quería que fueses el primero en enterarte. Aun así, te agradecería que fueses discreto. Por lo visto Adrián... Oye, ¿te va bien que comamos juntos hoy y te lo explique todo?

—Sí, claro. ¿Dónde?

—Perfecto, ¿qué tal a las 14:15 en el café que está a dos calles de la oficina? ¿Sabes cuál te digo?

—¿El Berlín? —probé.

—¡Ese! Nos vemos ahí.

Colgó antes de que me pudiese despedir.

¿Adrián despedido? Habíamos hablado el día antes y no me había comentado nada. Pasé el resto de la mañana con la mirada fija al monitor sin saber muy bien qué hacer. Se me hacía imposible continuar con lo pendiente, había entrado en bucle. A las 13:55 apagué el ordenador y, aunque no me cogía de camino, pasé por la mesa de Adrián. Estaba vacía y con sus cosas intactas: la taza de café de los Pixies, la fotografía de su hijo con un futbolista que no conocía, el vaso de plástico que utilizaba como lapicero... nada fuera de lo normal.

Recorrí a paso rápido los 200 metros que separaban la oficina del café con la extraña sensación de que alguien me observaba. Cinco

minutos antes de la hora acordada entré por la puerta, donde Venancio me esperaba sentado en una mesa al fondo. Yo no conocía su aspecto, pero por lo visto él sí conocía el mío, ya que justo al entrar por la puerta me hizo señas desde su asiento. A medida que me acercaba pude verle con más detalle: era algo más joven de lo que le había calculado en la llamada telefónica. Vestía un traje azul marino que, sin ser ostentoso, le sentaba bien y rimaba con una media melena de club náutico. Su sonrisa tenía más de perturbadora que de tranquilizadora, no sé si lo bizarro de la conversación telefónica me estaba influyendo, pero lo cierto es que me disgustó desde el primer momento. Al levantarse para estrechar mi mano, pude hacerme una mejor idea de su estatura; pasaba con holgura mi 1,76.

—¿Qué tal, Julián? Disculpa que haya alterado lo que tuvieses programado para hoy, pero como entenderás, he pensado que sería interesante que hablásemos un rato.

Había pasado algún tiempo desde la última vez que estuve en el café, pero su aspecto apenas había cambiado: aire de más de 80 años de vida, suelo de ajedrez, mesas pequeñas y redondas al estilo parisino y la barra de madera con todos sus licores alineados, creando un luminoso mosaico etílico. De no ser por nosotros y una pareja en la treintena a dos mesas de la nuestra, el café estaría vacío. Bebían vino y se divertían mirando algo que el chico le mostraba en el teléfono a ella. El camarero no era el

mismo, supuse que Juan se había jubilado. El de ahora era un hombre serio, con aspecto del este, que leía el periódico sin prestarnos demasiada atención.

—Si te parece bien, comemos algo y luego te comento el asunto de Adrián.

La carta no era muy variada. Pedí una cola light y una crema de calabacín, no tenía mucha hambre. Él pidió lo mismo. Mientras esperábamos, bebía a pequeños sorbos una taza de té a la que mareaba con la cucharilla.

—He oído que te follas a la de recursos humanos —soltó de repente.

—No es cierto, sé que se habla de ello, pero entre Aurora y yo no hay nada.

—¿Aurora? —me preguntó extrañado.

—Sí, Aurora. La jefa de recursos humanos.

—Ah no, yo no me refería a la jefa, me refería a una de las que están en el departamento, ¿Cómo se llama...? ¿Leticia? ¿Puede ser?

—¿También se dice que con Leticia?

—Eso parece. ¿Es cierto?

—No, no tengo ese tipo de relación con nadie del trabajo —dije, intentando zanzar el asunto.

—Veo que existe mucha rumorología en torno a ti.

—Sí, eso parece.

—¿A qué crees que se debe?

Me irritaba. Llegué a pensar que se trataba de algún nuevo método de entrevista de trabajo, para ver mi reacción ante la incomodidad o algo por el estilo.

—No sé. Suelo ser bastante discreto en cuanto a mi vida en el trabajo. Supongo que el que se desconozca mucho de mí favorece el que la gente empiece a fantasear sobre lo que ocurre en mi vida —dije.

El camarero nos acababa de servir la crema. Mientras soplabla la cuchara, Venancio reflexionaba sobre lo que acababa de decirle, dándole una importancia que yo no había pretendido.

—Es una buena teoría. Me recuerda a lo que se comentaba sobre las mascarillas durante la pandemia, ¿sabes a lo que me refiero?

—No.

—¿No oíste hablar de las leyes de Gestalt?

—No —Seguía a monosílabos, no pensaba fingir interés.

—Sí, hombre. Seguro que te suena cuando te lo explique. Creo que tenía que ver con el cuarto principio de Gestalt; al parecer, la mente tiende a percibir formas completas aun cuando algunas partes no están presentes o están ocultas, y además lo hace de

forma optimista. Es decir, la parte de la cara que no veíamos cuando alguien llevaba mascarilla, la imaginábamos más atractiva de lo que realmente era. ¿En serio que no lo habías oído?

—No, acabé algo saturado de noticias relacionadas con el Covid.

—Pues así es. Me ha recordado un poco a lo que comentas sobre ti. Parece ser que la gente rellena lo que desconoce de tu vida de la forma más interesante que se le ocurre.

El camarero se acercó y retiró nuestros platos. A pesar de la poca gente que había, no nos preguntó si queríamos algo de postre o café.

—Venancio, me comentó por teléfono que tenía algo que decirme en relación con Adrián y con cómo quedaría la situación del departamento...

—Sí, es cierto.

—¿Y bien? —pregunté.

—Bueno, en relación a Adrián debo decirte que ahora mismo está durmiendo.

—¿Durmiendo?

—Sí, durmiendo.

—No entiendo lo que me está queriendo decir.

—Pues quiero decir que está en su cama durmiendo. En posición horizontal. Boca arriba, supongo. Ni más ni menos. De todas

formas, Adrián no es lo que te debe preocupar ahora...

—¿Me debe preocupar algo?

Me miró extrañado. Parecía tratar de averiguar si fingía.

—Mira, Julián. Tengo unas cuantas noticias que darte. La primera no es buena ni mala, podríamos decir que es neutra: no me llamo Venancio...

Guardé silencio.

—La buena noticia —prosiguió— es que no voy a ser tu jefe de departamento...

—¿Quién eres?

—Eso tampoco debería preocuparte demasiado. Se podría decir que no tengo nombre. ¿De verdad me quieres hacer creer que no sabes por qué estoy aquí?

—¿Debería saberlo?

Me miró sonriendo para luego desviar su mirada a la zona de la barra en la que se encontraba el camarero. Después volvió a clavar sus ojos en los míos.

—¿Dónde está tu hermano?

—¿Mi hermano?

—Sí, tu hermano. Sólo tienes uno y necesito encontrarlo. No te voy a entrar en detalles, sólo te diré que teníamos un acuerdo; yo cumplí mi parte, y ahora falta que él cumpla la suya.

Mi hermano. Tuve que calcular mentalmente los años que llevábamos sin vernos. Veinte. Éramos unos críos cuando se fue de casa, desde entonces no sabía nada de él. ¿En qué andaría metido?

—Hace veinte años que no tengo contacto con él, lo siento, pero estás preguntando a la persona equivocada; tengo trabajo, así que, si no te importa, me voy a marchar.

Me levanté y dejé un billete de veinte euros sobre la mesa, pero antes de que pudiese abrocharme el abrigo, el camarero bordeó sin prisa la barra y sin dejar de mirarme en ningún momento, se acercó a la mesa de la pareja de treintañeros, sacó una pistola de su bolsillo, apuntó a la cabeza del chico y apretó el gatillo. No hubo ruido, apenas un chasquido, llevaba silenciador, tan solo noté como algunas gotas de sangre aterrizaban sobre mi cara, pocas comparadas con las que salpicaron a la chica, que abrió mucho la boca, mostrando una mueca desencajada, pero sin ser capaz de gritar. Su cuerpo era una columna rígida, tan solo el temblor de sus labios descartaba que estuviese disecada. Antes de que consiguiera al fin gritar, llorar o reaccionar de forma alguna, se oyó de nuevo el mismo chasquido y de nuevo noté como una llovizna de sangre aterrizaba sobre mí. La chica se desplomó y desapareció de mi vista. El camarero seguía mirándome, con el brazo extendido y apuntando hacia el lugar donde un instante antes había una cabeza de mujer y ahora sólo un vacío. Estuvo así

unos segundos, pensé que el siguiente era yo, pero no; se metió la pistola en el pantalón, echó un vistazo rápido al exterior, colgó el cartel de cerrado y se sentó al lado de la puerta.

Y luego vino el silencio. Frío, asfixiante. Todo a mi alrededor y en mi interior dejó de existir: el ruido de los coches, los planes de futuro, el miedo, la ansiedad. Ya nada era mío. A partir de ese momento pasaba a ser lo que ellos decidiesen. Una arcada sobrevino violenta, la siguiente todavía más, hasta que noté la bilis trepar por mi garganta. Me aparté de la mesa para no vomitar sobre ella. Encorvado y con las palmas de las manos sobre mis rodillas, oí los pasos del hombre sin nombre acercarse, noté su mano sobre mi hombro y luego, amable, me ofreció una servilleta.

—Será mejor que te sientes. Hasta ahora solo te he dado las buenas noticias. Es el momento en que te empiece a dar las malas.

Me incorporé, tomé aire y me senté de nuevo en la mesa. El camarero seguía mirándome desde la distancia con un cigarro en la mano y el hombre sin nombre volvió a ocupar de nuevo su puesto en la mesa. Partíamos de cero. Los dos cadáveres a escasos metros dotaban de cierta irrealidad a la escena.

—No tenemos tiempo de torturarte. Cuando acabemos con esto, pegaremos fuego al local y no quedará nada.

Hizo una pausa, dejando que las palabras hiciesen su efecto.

Lo que quiero decirte —continuó—, es que, si nos dices lo que

necesitamos saber, cada cual se irá por su lado, y esta conversación jamás habrá existido; tú no has estado aquí, ni yo tampoco. Ambos seguiremos con nuestras vidas. Tú follándote o no a la de recursos humanos y nosotros con lo nuestro. Como tengo la esperanza de que el conflicto que existe entre tu hermano y nosotros todavía tenga arreglo, a menos que sea necesario, no le pediré al camarero que use su talento para hacerte desaparecer. ¿Entiendes? No temo en absoluto que puedas ir a la policía, por mucho que me hayas visto la cara, a ojos de ellos no existo, soy como un fantasma. Estoy totalmente indocumentado: no tengo ni partida de nacimiento, ni DNI, ni carné de conducir, ni número de la seguridad social y por supuesto tampoco ficha policial, por lo que por ahí puedes estar tranquilo, no temo nada de lo que puedas llegar a decir. Pero necesito saber dónde está tu hermano y, como ya te he dicho, no tenemos tiempo de torturarte. Así que hay dos opciones: hablas o desapareces.

¿Cómo podía saber tanto de mí y no saber que era cierto que hacía veinte años que no lo veía? ¿Qué les había confundido? Antes de que pudiese responder entre llantos que no tenía ni idea, sacó de su bolsillo un reloj Casio plateado, fijó una cuenta atrás y lo dejó boca arriba a la vista de ambos.

—Tienes un minuto.

—Por favor, hace veinte años que no sé nada de él... —imploré.

—Te quedan cincuenta segundos...

Me aterrorizaba verlos tan relajados. Me acordé de Adrián, hasta él lidiando con los problemas de la oficina parecía tener más estrés que estos dos ante la posibilidad de matarme. No les suponía nada. Mientras yo me descomponía en vómitos al ver los cuerpos de aquella pobre pareja, él seguía bebiendo su té. Recostado en el asiento, iba echando ojeadas al reloj, se encendía un cigarro y bebía. Al fondo, el camarero seguía sentado al lado de la entrada, se rascaba la cara con la punta de la pistola y me miraba con la cabeza ligeramente ladeada.

—Por favor, no lo sé...dejadme... —insistí, no podía controlar que la voz se entrecortase, el corazón me iba a cien, la boca seca, sentí un cosquilleo en las manos y los pies, supuse que era un ataque de ansiedad. Él estiró el cuello y miró de nuevo el reloj.

—Sí lo sabes. Te quedan veinte...

El camarero se levantó, pasó por encima del cuerpo del chico como el que sortea un tronco en mitad del bosque. Su mirada alternaba mis ojos con la puerta.

—Te quedan 10 segundos...

Ya no traté de responder, tan solo lloraba y esperaba. Se acabó. Era absurdo e irreal, pero estaba pasando. Quedaban cinco, el hombre sin nombre se levantó, hizo un gesto al camarero, que se acercó y me miró indiferente. Sonó la alarma. Sus pitidos eran

simples y desagradables. Llegó la hora. Me acurruqué de forma penosa contra la pared y cubrí la cabeza con los brazos, como si aquello pudiese ayudar. Al alzar la vista vi al camarero apuntarme con la pistola, el hombre sin nombre a su lado le daba una calada a su cigarro. Cerré los ojos, esperando que no doliera y pasase rápido.

Oí el disparo.

Pero algo no encajaba.

Seguía vivo.

Nunca había estado muerto antes, pero sabía que aquello no era estar muerto. Con la cabeza apoyada sobre el suelo, abrí los ojos. Vi al camarero. Estaba tirado en el suelo, como yo. Sus ojos abiertos con ganas de saltar me interrogaron. Se orientaban hacia mí, pero ya no veían. Estaba muerto. Sonó otro disparo, cerré los ojos. Tampoco era para mí, seguía vivo. Algo o alguien cayó. Al abrir los ojos de nuevo, ya eran cuatro los ojos que me observaban sin ver. Los del hombre sin nombre se unieron a los del camarero. Con él cayó la mesa, los vasos y el cenicero, que daban vueltas entre ambos. Se oyeron pasos, abrí los ojos y acerté a ver los pies de alguien entre aquel desguace de cuerpos, mesas y sillas. Estaba cerca. Casi podía olerle. Dudé si mirar o no. Seguía sin voz, pero pude contener el llanto. Alcé la cabeza y me encontré con su mirada. Durante veinte años acumulé miles de cosas que decirle,

por si algún día me lo volvía a encontrar, la mayoría eran reproches, pero lo cierto es que fui incapaz de decir nada. Él también me miró, era el mismo, pero con menos pelo y menos vida en los ojos que antes.

—Tienes que irte de aquí, yo me ocupo de todo. No temas, nadie te ha visto.

Su voz era más ronca, la última vez que la oí él tenía diecinueve. Un niño. Ya no lo era. Fui incapaz de imaginar lo que había vivido y en qué había estado metido esos años, pero estaba claro que lo que conocía de él quedó atrás.

—Julián, no tenemos mucho tiempo —me insistió—, márchate.

Seguía sin poder hablar, y me incorporé como pude. Pasé por su lado, una parte de mí deseaba abrazarle, pero no pude. Él agachó la cabeza y yo seguía andando. Los cristales rotos de la puerta campaban por toda la estancia, salí por el agujero que provocó su disparo. Él se acercó y cerró la barrera. Nos miramos de nuevo, sabíamos que, en el mejor de los casos, pasarían al menos otros veinte años.

Caminé de vuelta a la oficina, sudado, apestando a vómito y con pecas rojas de sangre en la cara. Eran las cuatro de la tarde, media hora de retraso, dos horas desde que salí por la puerta. Entré directo al baño, me lavé y salí sin que nadie se fijase en mí, todos tenían un monitor al que pegar su mirada. Fue unos quince

minutos más tarde cuando una columna de humo procedente del Berlín y el ruido de sirenas despegó a mis compañeros de trabajo de sus sillas y los hizo acercarse a la ventana de la oficina. Yo permanecí en mi puesto con el monitor encendido.

David Cabrera Sastre. Nacido en Palma hace 42 años, es empresario y cuenta con estudios en Big Data. Compagina su actividad profesional con la escritura, una afición que desarrolla principalmente a través del relato breve. Le interesan especialmente las historias de intriga y los personajes enfrentados a situaciones que rompen de forma inesperada con su vida cotidiana.

Jueves

Paulina Estefanía San Martín Hernández

La sala huele a madera vieja y a nervios. Mercedes Aros se sienta en el estrado con las manos cruzadas sobre la falda, como si todavía tuviera puesto el delantal.

—Jura decir la verdad —dice el juez, y ella jura, porque toda su vida ha jurado cosas que después administra a su manera.

Sesenta y tres años. Trece limpiando la casa de los Ovalle, siempre los jueves, de ocho de la mañana a ocho de la noche. El fiscal la mira como quien mira a un testigo menor, alguien que solo puede confirmar horarios y rutinas. No sabe que Mercedes ha visto más de lo que cualquiera en esa sala podría imaginar, ni que

ha hecho más de lo que cualquiera se atrevería a sospechar.

Romina está sentada del otro lado, con el traje gris que su abogada le eligió para que no llamara la atención, y los ojos fijos en un punto de la mesa que ya no ve. Cuarenta y un años. El cuello, ahora que Mercedes lo mira bien, todavía guarda una sombra amarillenta bajo el maquillaje, vieja de semanas, de la última vez.

—Señora Aros —dice el fiscal—. Usted trabaja en esa casa los días jueves. ¿Es correcto?

—Sí, señor.

—¿Y el jueves 14 de marzo, el día en que murió el señor Ovalle, usted estaba presente?

—Como todos los jueves.

El fiscal asiente, satisfecho con la simetría de la respuesta, sin saber que esa palabra —todos— pesa trece años.

Los jueves eran el único día en que Mercedes veía la casa completa, de punta a punta, con luz de día y con luz de noche. Doce horas le alcanzaban para ver lo que en un turno corto habría

sido imposible: la mañana tranquila, la tarde que empezaba a espesarse a medida que se acercaba la hora de que él volviera, y la noche, cuando Andrés Ovalle cruzaba la puerta y el aire de la casa cambiaba de densidad antes de que él dijera una sola palabra.

Mercedes nunca vio un golpe completo. Eso lo aprendió a decir de memoria, para sí misma, como una plegaria: «nunca vi nada». Pero una vez, guardando la loza a las ocho y media, un jueves que se había quedado unos minutos más, escuchó el chasquido de la puerta del dormitorio principal, distinto al de cualquier otra puerta de esa casa, y después la voz de Andrés, baja y filosa, y el silencio de Romina que no era silencio sino contención. Se fue esa noche sin decir nada, como siempre, y al jueves siguiente encontró a la gata vieja —Fresia, doce años, sorda de un oído— escondida bajo el sofá durante horas, y pensó que los animales entienden lo que las personas fingen no entender.

Vio también al niño. Tomás, siete años, que un jueves de invierno le preguntó, mientras ella tendía la ropa, si los papás se podían morir de viejos aunque fueran jóvenes.

—Algunos sí —le dijo Mercedes, y no mintió del todo.

—Señora Aros —dice el fiscal—. Usted declaró ante la policía

que notó cambios en el comportamiento del señor Ovalle en las semanas previas a su muerte. Fatiga, mareos. ¿Puede describir eso con más detalle?

—Se cansaba rápido. Subía la escalera y tenía que parar a mitad de camino. A veces se le iba el color de la cara.

—¿Y usted asoció eso a algo en particular?

—Pensé que estaba enfermo del corazón. Como su papá.

Mentira pequeña, perfecta, sostenida diez meses. El padre de Andrés Ovalle en efecto había muerto de un infarto, y Mercedes lo sabía porque escuchaba, porque las señoras que limpian casas ajenas terminan sabiéndolo todo: quién bebe de más, quién debe dinero, quién guarda pastillas viejas en el fondo del botiquín, sin fecha de vencimiento visible y con nombres de remedios que ya nadie usa.

Lo que Mercedes no dice —lo que no ha dicho nunca, ni siquiera la noche que enterró a su propio marido en un terreno que su familia tenía en el sur, casi veinte años atrás, con la excusa de esparcir sus cenizas donde a él le hubiera gustado, cuando en realidad no había cenizas que esparcir porque el cuerpo entero estaba ahí abajo, y nadie preguntó, porque nadie pregunta por un hombre que bebía y le pegaba a su mujer, todos suponen que esos hombres simplemente se van un día y no vuelven— es que ella sabe exactamente cuánto tarda un corazón cansado en fallar del

todo, si alguien tiene la paciencia de ayudarlo.

Digitalina. La aprendió de su abuela, que la usaba en dosis mínimas para el ganado enfermo, mucho antes de que a Mercedes se le ocurriera que también servía para otra cosa. Sabor amargo, fácil de esconder en un té con mucho azúcar. Los primeros síntomas parecen cansancio. Los últimos, parecen el corazón que finalmente se rinde.

Trece años de jueves le dieron tiempo de sobra para aprender los horarios de esa casa mejor que sus propios dueños.

—Señora Aros, la fiscalía sostiene que la acusada tuvo acceso, motivo y oportunidad para administrar la sustancia hallada en el cuerpo de su esposo. Usted, en cambio, solo trabajaba los jueves. ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Alguna vez la vio preparar comida o bebida para su esposo de manera... particular? ¿Algo que le llamara la atención?

Silencio. El tipo de silencio que en una sala de tribunal se mide en segundos, pero que a Mercedes le recuerda a otro silencio, el de la

cocina de los Ovalle un jueves de febrero, cuando encontró a Romina sentada a la mesa con una taza fría entre las manos, mirando la nada, y le preguntó si estaba bien, y Romina le contestó algo que Mercedes nunca repitió a nadie:

—A veces pienso en cómo sería si él simplemente... se cansara. Si el corazón se le cansara solo.

No fue una confesión. No fue un pedido. Fue apenas la clase de frase que dice una mujer que ya no puede más, dicha en voz baja a la única persona que la había visto llorar sin juzgarla.

Mercedes se quedó pensando en esa frase toda esa noche, y las tres siguientes.

—Señora Aros —repite el fiscal, con la paciencia ya algo raída—, le pregunté si vio algo particular.

Mercedes mira a Romina. Romina no la mira a ella; mira ese punto fijo de la mesa, como si supiera que lo que venga ahora ya no depende de ella.

En la memoria de Mercedes hay una imagen que nadie en esa sala va a ver nunca: ella misma, un jueves cualquiera de los últimos meses, preparando el té de la tarde en esa cocina que conoce

mejor que la propia, agregando algo que no estaba en ninguna lista de compras, mientras Romina bañaba a Tomás en el piso de arriba y no veía nada, no sabía nada, porque Mercedes decidió — sola, con la misma frialdad con que decidió lo del sur veinte años antes— que había mujeres que merecían un poco de paz aunque no tuvieran el valor, o la desesperación suficiente, para conseguirla ellas mismas.

—No —dice Mercedes, finalmente—. Nunca vi nada raro. Romina lo cuidaba. Le preparaba las comidas con cariño, aunque él no se lo mereciera.

El fiscal frunce el ceño, insatisfecho, pero no tiene con qué presionar más. Anota algo. Pasa a la siguiente pregunta, sobre horarios, sobre llaves, sobre quién tenía acceso a la casa entre semana, y Mercedes contesta todo con la misma voz plana con que ha contestado siempre, la voz de una mujer a la que nadie mira dos veces, la voz perfecta para no ser sospechosa de nada.

Tres semanas después, absuelven a Romina por falta de pruebas concluyentes.

Ese jueves, Mercedes vuelve a la casa por primera vez desde el juicio. No a las ocho de la mañana, como los trece años

anteriores, sino más tarde, cuando el sol ya empieza a inclinarse: Romina le pidió que viniera recién por la tarde, para hablar sobre cómo seguirían las cosas de ahora en adelante. Mercedes toca el timbre por costumbre, aunque todavía tiene llave. Romina abre con el pelo suelto, más liviano que antes, con una expresión que Mercedes no le veía hacía años.

—Hola, Mercedes, ¿cómo estás? —dice Romina—. No sé si voy a poder pagarte como antes.

—Los jueves son los jueves —contesta Mercedes, y entra.

En la cocina, Tomás termina la tarea del colegio antes de la cena, con los cuadernos abiertos sobre la mesa. Fresia duerme al lado de la ventana, sin sobresaltarse cuando alguien camina cerca. Mercedes enciende el hervidor y saca tres tazas: una para el té de Romina, una para el chocolate de Tomás, una para ella misma. Del bolsillo del delantal saca la latita de siempre, pero esta vez no mide con la prudencia que usó los jueves de los últimos meses: esta vez sirve una cantidad que no busca parecer cansancio ni corazón viejo, una cantidad que no necesita semanas para hacer su trabajo.

—Toma tu chocolate, Tomás —dice Mercedes.

El niño levanta la vista de los cuadernos y sonríe.

Romina se sienta, distraída, sin haber visto lo que Mercedes echó en cada taza.

Mercedes se sienta con ellos a la mesa, algo que nunca hace, y acerca su taza. Afuera empieza a oscurecer, como todos los jueves a esa hora. Sopla el té para enfriarlo, despacio, con la paciencia de quien ya no tiene ningún otro jueves que esperar.

Paulina Estefanía San Martín es una autora de narrativa breve interesada en los ciclos que se repiten dentro de una misma familia y en las mujeres que sostienen, en silencio, el peso de esos ciclos. Su escritura se mueve entre lo rural y lo íntimo, con una prosa sobria que evita la explicación fácil y prefiere dejar que el lector complete lo que el texto insinúa.

Ha participado en distintos certámenes de relato y microrrelato en español, explorando géneros que van desde el drama íntimo hasta la narrativa negra, siempre desde la misma convicción: que las historias más inquietantes no son las que gritan, sino las que callan justo en el momento decisivo.

Con «Jueves», explora por primera vez el territorio de la intriga y el crimen, manteniendo su interés central —la vida doméstica como escenario donde surgen las batallas más silenciosas— pero llevándolo a un terreno más oscuro: el de la justicia que falla, y las decisiones que se toman cuando ya no queda nadie más a quien pedir ayuda.

Julián vive arriba

Samuel Araujo Palmeira

La primera vez que la inspectora Inés Valcárcel oyó hablar de Julián, estaba mirando una mancha de sangre que había llegado hasta el desagüe del cuarto de contadores.

El muerto se llamaba Esteban Bareda, cincuenta y nueve años, propietario de cuatro de los seis pisos del número 17 de la calle Olmo. Estaba boca arriba entre una bicicleta sin sillín y dos garrafas vacías. Tenía la camisa abierta, un zapato fuera del pie y la cabeza girada en un ángulo que hacía innecesario preguntar al médico si había sufrido.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Inés.

El agente Rivas consultó la libreta.

—Celia Núñez, segundo izquierda. Bajó porque se fue la luz. Dice que vio a Julián salir del portal cinco minutos antes.

Inés levantó la vista.

—¿Julián quién?

Rivas señaló hacia arriba con el bolígrafo.

—Un vecino.

En el descansillo del segundo, Celia Núñez esperaba sentada en una silla de cocina. Tendría más de sesenta años. Llevaba una bata azul sobre la ropa de calle y apretaba un manojó de llaves dentro del puño.

Dijo que a las diez y cuarto oyó un golpe. No uno fuerte. "Como cuando cae una caja de herramientas". A las diez y veinte salió a comprobar los plomos y se cruzó con Julián en la escalera.

—¿De qué piso?

Celia tardó demasiado poco en responder.

—Del ático.

—No hay ático.

—Entonces del tercero. Yo qué sé. Vive arriba.

—¿Apellido?

—Nunca se lo pregunté.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Celia miró las llaves.

—Meses.

Lo describió como un hombre de unos cuarenta años, delgado, con barba corta, chaqueta gris y una ligera cojera. Dijo que

siempre saludaba. Dijo también que aquella noche olía a tabaco.

—¿Le vio las manos?

Celia alzó la cabeza.

—¿Las manos?

—Sí.

—No.

Inés anotó aquello aunque no tenía importancia.

En el tercero derecha vivía Mauro Leal, repartidor, treinta y ocho años. Abrió con una bolsa de hielo atada a la rodilla izquierda.

—Me caí con la moto —dijo antes de que Inés preguntara.

A Esteban Bareda lo había visto por última vez a las nueve y media, discutiendo por teléfono en el portal. A Julián, en cambio, lo vio a las diez menos diez, fumando junto a los cubos del patio.

—¿De qué piso es Julián?

Mauro se encogió de hombros.

—De arriba.

—Celia dice lo mismo.

—Pues será verdad.

—¿Apellido?

—Ni idea.

—Descríbalo.

Cuarenta y tantos. Delgado. Barba. Chaqueta gris.

—¿Cojeaba?

Mauro miró su propia rodilla vendada y sonrió por primera vez.

—Un poco. De la derecha, creo.

—Celia dijo que olía a tabaco.

—Fuma negro. De esos que dejan olor en el ascensor.

El edificio no tenía ascensor.

Mauro dejó de sonreír.

En el primero derecha vivían Elisa Prado y su hijo Daniel, de diecisiete años. Elisa trabajaba de noche en una residencia y aquel martes había cambiado el turno. Daniel estudiaba en la mesa del salón con unos auriculares alrededor del cuello.

Elisa contó que Esteban llevaba semanas exigiéndoles que abandonaran el piso antes de final de mes. Afirmaba que necesitaba reformarlo. Ella decía que no podía echarlos de aquella manera. Él decía muchas cosas que no podía hacer y las hacía hasta que alguien gastaba dinero en impedirselo.

—¿Julián? —repitió Elisa—. Sí. Claro.

Fue la primera que pronunció el nombre antes de que Inés lo hiciera.

Lo había visto a las diez y cinco, subiendo con una bolsa de supermercado. Daniel lo había oído discutir después con Esteban

en la planta baja.

—¿Qué dijeron?

El chico se quitó un auricular que ya no llevaba puesto.

—No sé. Estaban gritando.

—¿Reconociste la voz de Julián?

Daniel miró a su madre.

—Sí.

—¿Cómo es?

—Normal.

—Eso no es una voz.

—Grave.

—¿Qué dijo?

—No me acuerdo.

Inés dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Daniel, una persona está muerta. Si no recuerdas algo, di que no lo recuerdas. Si recuerdas algo, dilo. Pero no rellenes huecos.

El chico se mordió la piel de un dedo.

—Dijo: "Se acabó".

Elisa cerró los ojos.

No fue un gesto grande. Inés lo habría perdido si hubiera estado escribiendo.

—¿Quién dijo eso? —preguntó.

—Julián.

En el portal había seis buzones: Bajo, 1.º D, 1.º I, 2.º D, 2.º I y 3.º D. El 3.º I llevaba vacío desde hacía nueve meses. No había ático. No había contrato, recibo, padrón, paquete, llamada al portero automático ni nombre en las facturas que correspondiera a ningún Julián.

A las dos de la madrugada, Inés pidió que nadie abandonara el edificio.

A las tres, Rivas apareció con las fichas de las primeras entrevistas.

—Todos lo conocen.

—No.

—Todos dicen que lo conocen.

Inés extendió las declaraciones sobre el capó del coche. Celia había visto a Julián bajar a las diez y veinte. Mauro lo había visto en el patio a las nueve y cincuenta. Elisa lo vio subir a las diez y cinco. Daniel lo oyó discutir abajo poco después.

Había otro testimonio: Tomás Agudo, primero izquierda, taxista jubilado. Aseguraba que a las diez y veinticinco Julián salió del portal, encendió un cigarrillo con un mechero azul y se marchó hacia la avenida.

—Perfecto —dijo Rivas—. Tenemos su salida.

Inés observó las ventanas negras del edificio.

—Tenemos un hombre que vive en un piso que no existe, usa un ascensor que no existe y al que todos conocen sin saber su apellido.

—Puede ser alguien que para allí. Un novio. Un subarrendado.

—Cinco vecinos lo describen igual.

—Eso ayuda.

—No, Rivas. Eso molesta.

A las seis llegó el informe preliminar del forense.

Bareda había recibido varios golpes. Dos en el torso antes de caer. Al menos tres en la cabeza después. Había lesiones compatibles con objetos distintos o con un mismo objeto usado desde ángulos muy diferentes. Bajo las uñas encontraron piel. En la manga, fibras de lana gris. En el puño derecho, restos de pintura azul.

El golpe mortal no podía identificarse todavía.

Inés volvió a subir.

La chaqueta gris estaba detrás de la puerta de Tomás Agudo.

—Es mía —dijo él.

—Ya veo.

—Julián tiene otra parecida.

El mechero azul estaba sobre la nevera de Elisa.

—Hay miles iguales —dijo ella.

Mauro cojeaba de la izquierda cuando olvidaba que había dicho que Julián cojeaba de la derecha.

Celia fumaba tabaco negro junto a la ventana de la cocina.

Inés no encontró a Julián.

Encontró sus piezas.

A las ocho reunió a los cinco adultos y a Daniel en el local vacío del bajo. El cuerpo ya se había ido. Quedaba la marca oscura junto al desagüe y un rectángulo limpio en el suelo donde había estado la bolsa forense.

—Voy a decirles lo que sé —empezó Inés—. Después pueden seguir mintiendo, pero por lo menos lo harán sabiendo qué mentira están defendiendo.

Nadie contestó.

—Julián no vive aquí. No existe ningún arrendatario, familiar, pareja o visitante habitual con ese nombre. La descripción que me han dado está construida con cosas de ustedes. La chaqueta de Tomás. El tabaco de Celia. La cojera de Mauro. El mechero de Elisa.

Miró a Daniel.

—Y una voz que tú no reconociste.

El chico bajó la cabeza.

—No sabemos aún qué mató a Esteban. Sí sabemos que hubo más de un golpe y que algunos llegaron cuando ya estaba en el suelo. Así que esto no fue un accidente limpio que alguien pueda cargar sobre otro.

Celia hizo girar una llave entre los dedos.

—¿Ha venido a detenernos?

—He venido a averiguar qué pasó.

—No es lo mismo.

Inés no respondió.

En una mesa plegable quedaba una carpeta de Esteban. Rivas la había encontrado detrás de los contadores: avisos de deuda, borradores de desahucio, fotografías tomadas desde el patio, copias de llaves, recibos escritos a mano. También había una carta de una clínica privada con el nombre de una niña de doce años y una cifra que Inés no podía pagar con tres meses de sueldo.

Elisa había visto la carta antes.

—Su hija —dijo—. Vivía con la madre.

Celia dejó de mover la llave.

La habitación se hizo más pequeña.

—Eso no cambia lo que nos hacía —dijo Mauro.

—No —respondió Inés.

—Ni lo que pasó.

—Tampoco.

Tomás se frotó la cara con las dos manos.

—Entonces ya lo sabe.

—Sé muchas cosas. No sé quién empezó.

Nadie miró a nadie.

—Ni quién dio el golpe que lo mató.

El silencio no fue solemne. Afuera pasó el camión del vidrio y vació un contenedor con un estrépito que hizo vibrar la puerta.

Daniel habló sin levantar la cabeza.

—Él empujó a mi madre.

Elisa se volvió hacia su hijo.

—Cállate.

—La tiró contra los buzones.

—Daniel.

—Mauro lo agarró.

Mauro respiró por la nariz.

—El chico no sabe lo que vio.

—Celia bajó —continuó Daniel—. Tomás también.

Inés no lo interrumpió.

—Yo estaba en la escalera.

—Tú estabas arriba —dijo Elisa.

—Estaba en la escalera.

La madre se llevó una mano a la boca.

—Esteban tenía una barra. O algo. No sé. Mauro se la quitó.

Después... después todos gritaban.

—¿Quién golpeó primero? —preguntó Inés.

Daniel miró la mancha junto al desagüe.

—Julián.

Nadie se rio.

Inés miró a Tomás. Luego a Celia, Mauro, Elisa y Daniel.

La chaqueta. El tabaco. La cojera. El mechero. La voz.

Cinco retales y un nombre.

—¿Lo decidieron aquí abajo? —preguntó Inés.

Celia contestó.

—No decidimos nada.

—Eso también es una decisión.

La mujer la miró por primera vez sin miedo.

—Cuando usted llegue a casa, inspectora, ¿va a contarle a alguien cuál de nosotros debería haber parado a los demás?

—No.

—Nosotros tampoco supimos.

Inés recogió la carpeta de Esteban.

—La diferencia es que yo no estaba aquí.

—Ahora sí.

Rivas apareció en la puerta. Traía bolsas para recoger ropa, zapatos y objetos que pudieran contener rastros. Detrás de él esperaban dos agentes uniformados.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó.

Inés miró a los cinco adultos. Después a Daniel.

La ley no necesitaba saber cuál de ellos se sentía más culpable. Necesitaba hechos, participación, secuencias, pruebas. Aquella mañana tendrían fotografías, fibras, piel, huellas, teléfonos, horarios. Tal vez uno acabaría hablando. Tal vez todos.

—Uno por uno —dijo.

Celia fue la primera en levantarse. Dejó el manojó de llaves sobre la mesa.

—Esas no —dijo Rivas—. Lléveselas.

Ella obedeció.

Mauro se quitó la bolsa de hielo de la rodilla. Elisa pidió cinco minutos para llamar a su hermana y decirle que recogiera a Daniel. Tomás preguntó si podía cerrar el gas antes de salir. Nadie volvió a mencionar a Esteban.

Cuando quedaban solo Inés y Rivas, él señaló las declaraciones.

—¿Qué hacemos con Julián?

—Nada.

—Habrá que poner que es falso.

—Ponemos que no ha sido identificado y que existen indicios de una declaración concertada.

Rivas juntó los papeles.

—Cinco personas inventándose al mismo tío. Es casi admirable.

Inés miró la puerta del cuarto de contadores. En la pintura azul había cinco arañazos recientes, paralelos, a la altura de un hombro.

—No inventaron al mismo tío.

Rivas esperó una explicación.

Ella no se la dio.

A las nueve y veinte, mientras los coches se llevaban a los vecinos, un mensajero de entrega urgente entró en el portal con un paquete bajo el brazo.

—¿Julián Serrano? —preguntó.

Inés se volvió.

El hombre leyó la etiqueta.

—Julián Serrano, calle Olmo diecisiete, tercero izquierda.

Durante unos segundos nadie habló.

El tercero izquierda llevaba nueve meses vacío.

Rivas abrió mucho los ojos.

—No me jodas.

Inés tomó el paquete. Era ligero. En una pegatina lateral figuraba: PEDIDO 02:47.

—¿Quién lo pidió? —preguntó el repartidor.

Inés miró hacia la escalera.

Daniel estaba sentado dentro de uno de los coches, detrás del cristal. Al verla con la caja, apartó la cara.

Inés firmó la recepción con su apellido y entregó el paquete a Rivas como evidencia.

Cuando volvió a entrar en el portal, el buzón del tercero izquierda seguía sin nombre.

Por ahora.

Samuel Araujo Palmeira es escritor brasileño, autor de ocho libros publicados. En ficción utiliza el seudónimo Adrian N. Vale, bajo el cual explora dramas humanos marcados por la pertenencia, la memoria, la familia, la fe, las decisiones morales y sus consecuencias. Su trabajo literario busca combinar tensión narrativa, intimidad emocional y conflicto ético, con especial interés por personajes comunes enfrentados a silencios, pérdidas, lealtades y fracturas que alteran sus vínculos.

